

¡Llegaron los americanos!

El 98 en la narrativa puertorriqueña

María Caballero

Como sucedió con el mítico y problemático 92, ahora, en la recta final del siglo, instituciones y escritores se aprestan a «conmemorar» la efemérides del 98; una efemérides que quizá no sea tan polémica como la que revivió la gesta colombina, pero que no cabe duda está resucitando todo un movimiento de opinión, generado a ambos lados del Atlántico con motivo de los sucesos que rodearon esta fecha. En la vieja España, adolescentes de todas las edades han estudiado esa generación del 98, un grupo de hombres a los que «les dolía España» y que transmutaron en arte literario los luctuosos acontecimientos políticos de la vieja metrópoli. La pérdida de las últimas colonias no fue sino el detonante de una certidumbre: la decadencia de los viejos ideales hispánicos frente a nuevos valores, como el pragmatismo norteamericano. Las incipientes naciones americanas que habían rechazado todo lo que les recordara su pasada dependencia colonial, con ocasión del IV Centenario del Descubrimiento pasan a cantar las loas de la madre patria dentro de una retórica decimonónica bastante alejada de la actual. En 1892 un Zorrilla de San Martín, por ejemplo, en su calidad de representante de los delegados hispanoamericanos, lanza en La Rábida un famoso discurso teñido de españolismo y casticismo, viejas añoranzas ante la aceleración histórica del fin de siglo y la inquietante hegemonía de los Estados Unidos, cuyo poderío económico y prepotencia política se dejaban sentir día a día. Un joven Rubén Darío en la misma ocasión y ante el mismo monumento cuajado de simbolismo, es más precavido. Habrán de pasar años, en su caso, antes de retornar al hispanismo ausente de la poética de *Prosas profanas* (1896). De hecho, el medievalismo que tiñe *Cosas del Cid* y *Dezires, layes y canciones* –dentro de los poemas añadidos en la edición de 1901 –suena más a moda provenzal que a decidido acercamiento a la vieja España. No será hasta *Cantos de vida y esperanza* (1907) y, en prosa, hasta su indignado escrito *El triunfo de Calibán* cuando el nicaragüense tome decididas cartas en el asunto.

No obstante, los sucesos del 98 tuvieron un gran impacto en lo que se ha denominado la generación hispanoamericana del 900 de la que Darío puede considerarse precursor. Es una generación formada en el modernismo, cuyo centro está en el famoso *Ariel* (1900), del uruguayo Rodó. Profesores como Antonio Lago Carballo han enmarcado al posible grupo entre el «hecho» generacional –según la conocida terminología de Petersen y Ortega– y el ascenso a la presidencia norteamericana de Roosevelt, quien formuló sin ambages la política del país: «Es nuestra creencia que la América del Sur será nuestro campo de expansión. No es práctico seguir tolerando que pueblos tan indolentes, tan reacios al progreso y tan incapaces de gobernarse como los latinos de Centro y Sur América, continúen ocupando tierras tan fértiles, tan ricas y productivas como las del continente suramericano».

En estas palabras quedaban sintetizados los términos del problema según van a ser recogidos por la mayor parte de los narradores puertorriqueños del siglo veinte. Ya escritores como René Marqués, de la generación del cincuenta, utilizan a personajes de su obra –en este caso, su novela *La mirada* (1959) –para hacer ver que el indolente Puerto Rico no podría sobrevivir sin el *mantengo*, sin esa limosna misericordiosa que es, al menos, el E.L.A. gestado por Muñoz Marín¹. El asimilacionismo, bajo la forma política que fuere oportuna, será la solución propuesta por quienes son calificados desde el independentismo como «derrotistas y entreguistas». Esa «nación de rehenes» –como la definiera Manuel Zeno Gandía² sigue vertiendo tinta en busca de una identidad nunca alcanzada si nos atenemos a las conocidas tesis de José Luis González³. El mismo González ha reflejado el «entreguismo» de los suyos en un conocido texto narrativo, *La llegada*, que pone de manifiesto la pacífica y vergonzosa ocupación americana, sin pena ni gloria, a fines del siglo pasado.

¹ *Habría que convenir que no es necesario llegar a Roosevelt y su agresiva política imperialista para definir la indolencia y atraso de la isla. Un texto como el Viaje a la Isla de Puerto Rico (1810), de Ledrú –inaugural en la historia de la cultura puertorriqueña como ha señalado el profesor Aníbal González (cfr. «La mar inédita: el Viaje a la Isla de Puerto Rico de André Pierre Ledrú», en Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, abr.-sept. 1986, núms. 92-93, pp. 59-65) –plantea ya estas cuestiones.*

² *Cfr. Zeno Gandía, Manuel: «¿Qué somos? ¿Cómo somos?» (en Índice, 13, jul. 1929, pp. 58-59. Hoy recogido en Revista del Instituto de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan de Puerto Rico, ene.-jun. 1992, pp. 42-43).*

³ *Cfr. El país de los cuatro pisos, Río Piedras, Huracán, 1980. Al producirse una nueva invasión transculturadora sobre un entramado nacional en absoluto fundido, se originan el caos mental y la esquizofrenia que caracterizan los cuatro pisos de la isla –según este escritor recientemente fallecido–.*

Muchos otros escritores –y evidentemente los que ya pertenecen a una generación posterior, la del setenta, como Rodríguez Juliá o Rosario Ferré –tocan este asunto en sus textos. Ferré lo hace en *La casa de la laguna*⁴, concretamente en su capítulo 2, en el que llega a la isla el español Buenaventura, creador de la futura saga familiar de los Mendizábal. Y llega justo a tiempo de presenciar como turista asombrado la famosa parada de 4 de julio del 17. Ferré utiliza el sumario para poner en antecedentes al lector sobre la historia de Puerto Rico desde el siglo XVIII. Su destino fue siempre unido al cubano y por ello ...«cuando España perdió a Cuba, dejó ir también a Puerto Rico. ¿Será una isla tan pobre que no vale la pena luchar por ella? –se preguntaba Buenaventura. ¿O estaría España tan exhausta al final de la guerra hispanoamericana que no le fue posible seguir luchando?–» (p. 26). A través del monólogo interior indirecto y desde el asombro de la otredad, el narrador contrapone la lógica del emigrante extremeño a los hechos que se están produciendo en la isla, en ese momento isla de ciudadanos de ninguna parte, prisioneros de sus doscientos setenta kilómetros cuadrados y a los que la concesión de la ciudadanía norteamericana llevaba a celebraciones como la mítica parada que contempla Buenaventura –reflejada con cierta distancia irónica en el texto. Como fenómeno de masas, el espectáculo no tiene desperdicio y funciona con la falta de lógica habitual en estos casos:

Una muchedumbre enorme se encontraba reunida sobre la acera para ver la parada. Una señora que llevaba una gorra blanca y almidonada sobre la cabeza, con una cruz roja cosida encima, se le acercó y le ofreció un banderín americano.

–Agite el banderín cuando pase el gobernador Yager en su Studebaker descapotable, y grite: *God Bless America!*– le dijo con entusiasmo. Buenaventura aceptó el banderín, quitándose el sombrero cortésmente (p. 29).

Lo hace así, no sin recapacitar sobre «la ingenuidad refrescante, una confianza en el futuro y en la bondad del prójimo, que le resultaban asombrosas» (p. 30) acostumbrado como estaba al desengaño hispano. No obstante, al escribir esa misma noche al amigo extremeño, señalará con agudeza: «Aquí hay que estar dando pruebas de lealtad ciudadana a diestra y siniestra» (p. 32).

Dejemos por el momento *La casa de la laguna* para retornar a dos textos de un escritor de la misma generación que Ferré. Me refiero a Edgardo

⁴ *La traducción al castellano (Barcelona, Emecé, 1996) siguió a la primera en inglés (1995).*

Rodríguez Juliá, que ha tocado el tema que nos ocupa, de manera más o menos extensa, al menos en dos obras: *Puertorriqueños (Álbum de la Sagrada Familia puertorriqueña a partir de 1898)*⁵; y *El cruce de la bahía de Guánica*⁶. En otro lugar⁷ tuve ocasión de enmarcar ese género «crónica» en que destaca Juliá, tal vez como pariente de aquel otro Ramón Juliá Marín, compañero de trabajos del naturalista Zeno Gandía y «fiel cronista de una época volcada en la confusión y sacudida por el cambio»⁸; cuyo ojo «implacable y certero» (...) «destaca las contradicciones de una sociedad en proceso de transformación»; empeñado en «narrar el misterio de un mundo que muere, describir el asombro ante un engendro acabado de nacer» (p. 33). No cabe duda de que Edgardo retoma el testigo vocacional de su tío. Y tampoco cabe duda de que la recreación que mediante sumario hiciera Rosario Ferré de la famosa parada de 4 de julio del 17 corresponde a un tratamiento intertextual del capítulo IV de *Puertorriqueños...* que se titula: *¡Llegaron los americanos!* (pp. 19-33). Quiero dedicar unas líneas a glosar un poco este asunto, estudiando el desarrollo de Juliá, mucho más amplio y teñido por la ironía que caracteriza habitualmente sus textos. El capítulo se abre así:

Y mientras tanto, ¿qué pasó en Puerto Rico? ¿Cómo cambió el *paisito* en ese salto de la hacienda Maricao al estilo californiano Miramar? Pues entre otras cosas, ¡llegaron los americanos! (p. 19).

El diminutivo apunta a uno de los signos del escritor, la ternura con la que contrarresta su ácida ironía, utilizada para diseccionar a sus compatriotas. Aquí desde esa ironía —que se manifiesta en el distanciamiento lingüístico del narrador— contraponen las dos versiones del 98: el trauma la oportunidad de modernizar y democratizar a Puerto Rico bajo el protectorado de ese gigante del Norte, modelo de Progreso, Democracia, Sanidad y Orden (p. 19). Y en la ficción, todo ello se realiza a partir del comentario de un supuesto álbum fotográfico de los antepasados y amigos; lo que permite realizar toda una indagación entre psicológica y sociológica de esos *tristes*

⁵ *San Juan de Puerto Rico, Plaza Mayor, 1988. En adelante citaré por la tercera edición de 1992. Se trata de una serie de crónicas que salieron en El Reportero de San Juan hacia 1984.*

⁶ *El cruce de la Bahía de Guánica (cinco crónicas playeras y un ensayo). Río Piedras, Cultural, 1989. Me interesa evidentemente la primera que da nombre a la recolección y que es la única de este libro que trata el 98.*

⁷ *Cfr. Caballero, María: «Rodríguez Juliá: una ojeada sobre Puerto Rico entre la burla y la compasión» (en Revista Iberoamericana. Pittsburgh, 58, abr.-jun. 1992, núm. 159, pp. 367-378).*

⁸ *Rodríguez Juliá, Edgardo: Puertorriqueños..., op. cit., p. 31. En adelante citaré en el texto por esta tercera edición del 92.*

trópicos (p. 21) de los que hablaran tanto Lévi-Strauss como Clara Lair. Escritura voluntaria y obsesivamente intertextual, que se inserta en la tradición puertorriqueña de este siglo obsesionada por encontrar una identidad a la isla.

El capítulo está estructurado en dualidades: el civismo yanqui/la disposición gregaria del puertorriqueño; atraso hispano/sanidad yanqui: «había que sacar al país de la inmundicia en que nos dejaron los gallegos» (pp. 19-20) –dirá el texto, contraponiendo esa patética situación a la obsesión por la higiene propia de los estadounidenses y amparada por la bandera de una cruz roja omnipresente en las emblemáticas fotografías (p. 23); narcisismo y presunción del nuevo orden, al que el viejo orden colonial se pliega como las palmas de coco, fascinado por ese mito del progreso al alcance de la mano. El repaso de los personajes de la foto sirve al narrador para ejemplificar quiénes son los entreguistas entusiastas del momento:

Policía montado, el poder público, señor de sombrero panamá, quizás el alcalde del pueblo, la pequeña burguesía acomodaticia, entonces, sólo entonces el mulataje, la negra y los anémicos *jipatos* de la ruralía que se inician en el civismo yanqui (p. 24).

«La fotografía permanece como ruina de la personalidad y monumento del nuevo orden» (p. 20). Un pueblo cuasibobalicón y deseoso de cambios se entrega a un invasor cuyo instrumento de docilización será las paradas, eternas fiestas con que embriagar a su gente. Las *criollitas* detrás de las *banderitas* –y el diminutivo además de la ternura, implica la valoración de la isla y sus habitantes por parte del invasor –sólo pueden oponer el sudor tropical de un mundo que seduce y traga a los blondos alcoholizados para intentar combatirlo.

En la segunda parte del capítulo, Juliá compara las fotos de los soldados sobre el marco de la *Crónica de la Guerra Hispanoamericana*, de Ángel Rivero –de nuevo la intertextualidad-: el manco negro, orgulloso de la gesta en que perdió el brazo por defender la patria; el español, de mirada melancólica, cuyo modo de agarrar el Máuser premonitoriamente sugiere una suave decadencia; y el yanqui, agresivamente equipado para su tiempo, pero ¡paradojas del destino! «arropados con una lana insoportable en un clima que es mezcla de lluvia, calor y humedad» (p. 29). Todo una sociología de mundos que mostrarán su incomprensión hasta hoy y que habría que estudiar más despacio.

De cualquier forma, en esta recta final del siglo, las cosas no son como fueron. Tal vez sea lo que quiere advertir Rodríguez Juliá con ese texto

doble que es *El cruce de la bahía de Guánica*: conmemoración del trauma para unos, fiesta-concurso yanqui en el aniversario de la invasión que –como es bien sabido –se realizó por este lugar geográfico. Los independentistas protestan con su pequeña movida; y el «carnaval colonial boricua» (p. 14), que arrastra ya sus 86 años, sigue impertérrito su destino. El narrador autobiográfico –trasunto del propio Juliá que, como todos los años se ha desplazado allí para realizar la travesía ritual de la bahía –se sitúa en esa «ardiente barriada de techumbres bajas» (p. 11), con una foto del 98 por delante, para comentar con el destinatario lo absurdo y antiheroico del desembarco americano y la circunstancia puertorriqueña. Y lo hace desde la broma, desde la ironía, para desdramatizar lo que ha constituido un trauma en la historia del siglo veinte isleño:

El Gloucester fue el primero en violar la entrada a la bahía. Esperaba algún fuego. Los promontorios cercanos seguramente servirían para ocultar las baterías españolas. Pero sólo encontró un silencio onírico (...) Desembarcaron los marinos, se desplegaron las tropas para cubrir la playa; ni un solo proyector de máuser español perforó la lancha de desembarco, que venía defendida por un cañón Colt automático de seis milímetros. En la casa oficial del *cabo de Mar* fue izada la primera bandera norteamericana. *¡Esto es el colmo, hombre!...* (pp. 12-13).

Desde el hoy, el narrador interpreta lo incomprensible; es lógico que durante años el puertorriqueño medio haya sentido la necesidad de borrar la mancha, de cambiar radicalmente el rumbo de la historia. Eso es lo que hizo Luis López Nieves con su *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898*⁹, causando una revolución que llegó hasta Washington. Pero ésa es otra historia que habrá que relatar más despacio.

⁹ *San Juan de Puerto Rico, Cordillera, 1995.*